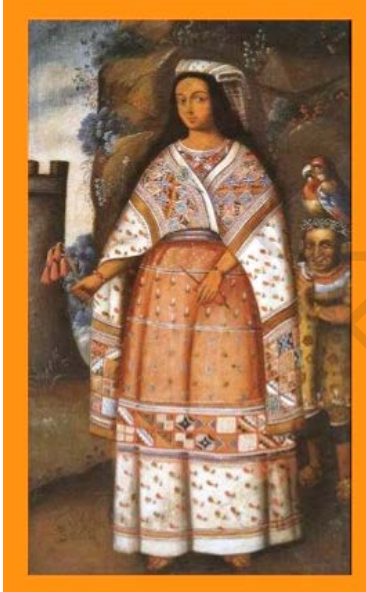


LA TIRANA y su leyenda

Escuchado su relato en La Serena (Chile) y
recopilada por Profesor Rafael E. Stahlschmidt Laulhé



La Leyenda de La Tirana y de su milagrosa Virgen se calcula remonta aproximadamente allá por el 1530 cuando Diego de Almagro parte a la conquista de Chile, con una tropa de quinientos cincuenta españoles y alrededor de diez mil indios peruanos.

En ese ejército iban dos hombres: Paulino Tupac, príncipe de la familia de los Incas y Huillac Huma, último Sumo Sacerdote del culto al dios sol.

Ambos eran tratados distinguidamente por los españoles, pero servían de rehenes y sus vidas corrían peligro si los indios de la expedición pretendían sublevarse.

Pero, dentro de esa multitud heterogénea, venían infiltrados un buen número de "wilkas" o capitanes, guerreros experimentados, de los antiguos ejércitos imperiales Incas y un grupo de sacerdotes, quienes bajo aparente humildad y sumisión esperaban sólo el momento para rebelarse.

Iba en la expedición la hija de Huillac Huma la "Ñusta", que escurría por sus venas sangre de soberanos Incas de Tahuantinsuyu. Huillac Huma, nunca pensó en ser sumiso, y ni bien pudo furtivamente escapó de los españoles cuando ni bien encontró la ocasión. A la altura de lo que era Atacama la Grande, huyó a la provincia de Charcas, con intención de sublevar a los naturales que ya en el Cuzco estaba gestando el Inca Manco Capac; pero lo que no sabían los españoles, que también un grupo de incas, que se quedó cuidando a la princesa Ñusta Huillac, también tenían preparada su fuga llevándose a su ama.

Al llegar las tropas a la región de Pica, los wilkas huyeron llevándose a la Ñusta Huillac. Se refugiaron en un bosque de tamarugos y acacias silvestres, que por entonces cubrían en su mayor extensión lo que ahora denominan Pampa del Tamarugal, el cual sobrevive parte muchos lugares de salvaje belleza en los alrededores de los caseríos de pueblo de Tarapacá, que mantiene aún su nombre y que en lengua incaica significa escondite o bien de bosque impenetrable, y a los alrededores de los poblados de Canchona y La Tirana.

Durante cuatro años la Ñusta Huillac, rodeada de sus fieles y valientes wilkas, fue la reina de esos lugares. Organizó su pequeño pueblo, distribuyó a su gente y convirtió esos bosques de

tamarugos en inexpugnable, regido por su férrea mano de la bella princesa, cuyos súbditos la llamaron "La Tirana del Tamarugal"

Ñusta regía su territorio con puño de hierro. Las hazañas llevadas a cabo en defensa de su nación, traspasó los límites de sus tierras y su fama comenzó a extenderse por todo el norte. Las tribus vecinas y las muy remotas vieron en ella la capitana viviente de sus ideales y la apoyaron contra la dominación extranjera. De todo el territorio acudieron a unírsele y jurarle lealtad, huestes de hombres dispuestos a luchar y morir al lado de la animosa Ñusta por el suelo natal y sus creencias, así fue como la selva del Tamarugal fue durante cuatro años el reducto de un pueblo que cada día ganaba más fieles.

Rodeado de peligros ese puñado de indios peruanos valerosos se vio obligado por las circunstancias a hacer frente a sus enemigos y a vivir una guerra sin cuartel contra los conquistadores y dar muerte a todo español o indio bautizado que cayese en su poder, hasta que repentinamente La Tirana sucumbió ante el amor.

Ñusta Huillac, temida por sus enemigos y conocida como la bella Tirana del Tamarugal, no pudo cumplir lo que había predicado: un día pequeño ejército, bravío, atacó a un grupo enemigo y capturaron algunos prisioneros. Así fue como llevaron a su presencia un apuesto prisionero y cuando lo interrogó, éste muy altivo dijo llamarse don Vasco de Almeida y pertenecer a un grupo de mineros portugueses establecidos en Huantajaya, y que se había internado en la zona en busca de la Mina del Sol cuya existencia le había revelado un cacique amigo.

Mirarlo y enamorarse fue una sola cosa. El corazón de la Ñusta comenzó a latir más a prisa. El amor llegó y la Ñusta no pudo contenerse. Pero fue juzgado y los wilkas y los ancianos de la tribu, lo condenaron a la pena de muerte.

La Ñusta, con su corazón que hasta ese momento no tenía vida sino el de pelear contra todo español que viera, se estremeció de pena al escuchar la cruel sentencia. Un sentimiento de amor y compasión brotó de ella y comenzó a pensar como librarlo de la muerte, ya que no podía porque era una ley que ella misma impuso.

Una sola mirada del prisionero bastó para hacer caer de ella todas las leyes que había impuesto. El estoico desdén de la muerte que demostró el noble prisionero, aumentaron su amor y le indujeron a amar con desesperación a ese hombre, cuya vida estaba en sus manos como sacerdotisa y reina de su pueblo.

Sin dormir siquiera, pensaba y pensaba, la Ñusta encontró una fórmula para salvarle. Un ardid para prolongar la vida del hombre. Asumió como sacerdotisa y fingió consultar los astros e interrogar a los ídolos, tutelares de la tribu. Después de meditar, reunió a su tribu y dijo que la ejecución debía retardarse hasta el término del cuarto plenilunio, que así los ídolos le habían respondido.

Los cuatro meses siguientes La Ñusta Huillac no repitió las correrías asoladoras que eran espanto de los colonos de Pica y Huantajaya. Ella tenía otro objetivo: quería vivir su pasión y eso le dio al prisionero dos "lunas más de vida". Las miradas entre ella y el prisionero fueron cuajando en un amor incontenible; nada podía detener la pasión de la reina incaica.

Los diálogos entre ellos, bajo los tamarugos, se prolongaban de sol a sol. Un día miró a los ojos al portugués, y la Ñusta preguntó:

- Y de ser cristiana y morir como tal ¿renaceré en la vida del más allá y mi alma vivirá unida a la tuya por siempre jamás? ...*
- Así es, amada mía*- contestó el portugués.
- Estás seguro de ello, ¿verdaderamente seguro?*, inquirió la Ñusta.
- Me mandan creerlo mi religión y mi Dios, que es la fuente de toda verdad*

En un raptó impetuoso la Ñusta pronunció las palabras que serían su perdición.

- Entonces bautízame, quiero ser cristiana; quiero ser tuya en ésta y en la otra vida.*

La Ñusta se impuso no tener otra misión que vivir por el apuesto español, descuidando las prácticas del rito incaico al dios sol, y a sus costumbres ancestrales.

Su embeleso impedíanle ver el ceño adusto de sus wilkas, ni el grave rostro de los sacerdotes, ni de sus súbditos, cuando la veían en sus devaneos amorosos con el extranjero. Altiava, actuando bajo una firme resolución, se dirigió un día a la fuente de agua que escurría hacia un pequeño lago, hubo juramentos y ella le dijo en el paroxismo de su pasión:

- "Llévame a tu Dios que nos permitirá estar eternamente unidos"*.

Diego de Almeida le contestó:

–*"tienes que bautizarte"*, la Ñusta hincó la rodilla en el césped –cruzó sus brazos sobre su pecho en humilde e inefable espera y pidió ser bautizada. Almeida cogió agua vertiéndola sobre la cabeza de la amada neófita pronunció las palabras sacramentales:

- "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espí ..."*

No pudo terminar la frase, porque los wilkas que vigilaban todos sus movimientos, no resistieron esa traición y reaccionaron disparando una nube de flechas sobre ellos, abatiendo mortalmente a ambos.

Ñusta Huillac, herida de muerte, sobreponiéndose a sus intolerables dolores, llamó a su alrededor a los wilkas, y con voz entrecortada les dijo:

–*"Muero contenta, muero feliz, segura como estoy, como creyente en Jesucristo, de que mi alma inmortal ascenderá a la Gloria y llegaré al trono de Dios, junto al cual estará mi amado, con quien estaré toda una eternidad. Sólo les pido que después de mi muerte, coloquen una cruz en mi sepultura, que estará al lado de la de mi amado"*.

Corrían los años de 1540 a 1550 cuando fray Antonio Rondon, de la real orden mercedaria, evangelizador de Tarapacá y Pica, llegó al Tamarugal para levantar en todas partes el estandarte de Cristo. Un día vio un arco iris y siguió su comienzo hasta un bosque de tamarugos. Ahí, con infinita sorpresa, encontró una cruz cristiana en uno de los claros de este bosque.

Enterándose de que se trataba, una cruz hecha por los aborígenes en el lugar en que creía que había muerto La tirana, el sacerdote vio en ello un indicio del cielo, una llamada de recuerdo a la Princesa Tirana del Tamarugal. Por eso edificó una Ermita, que con el correr del tiempo, se convirtió en Iglesia que colocó bajo advocación de Nuestra Señora del Carmen de La Tirana, en nombre del escapulario Carmelita, que se decía, llevaba Vasco de Almeida.

Dicha iglesia se convirtió desde los primeros años de su consagración en asidua romería de los naturales de los pueblos y sierras inmediatas, en cuyas venas corre sangre coya. Fue la que fluía por las venas de la bella, sensible y desdichada ÑUSTA HUILLAC, que le legó su nombre y que con su historia de fe y amor impulsó el culto a "LA TIRANA

Virgencita del desierto



Virgencita del desierto,
chinita del Carmen.,
escucha la voz de un pueblo
que hoy reunido
se acerca a tus brazos, en busca de Dios.
Tamarugos y algarrobos agitan tus ramas,
siguen el compás de ritmos y melodías
que cantan los hijos de la tierra.

Carmelita, Carmelita
Madre de Nuestro Señor,
intercede por tus hijos
que hoy en la Tirana cantan con fervor.
Con la flor de la Chamiza
que brota en la arena del Tamarugal,
hagámosle una corona
que ciña la frente de Carmelita

Y con los cantos y rezos
de los peregrinos y del bailarín,
hagámosle un ramillete
de hermosas canciones a Carmelita.